

— Luego, ¿quiere vuestra merced quemar mis^a libros? — dijo el ventero.

a. ...quemar más libros. C.^{1,2,3}, L.^{1,2}, V.^{1,2}, MIL., Bow.

Que no siempre las Musas y las Gracias acudían al llamamiento de Bernardo de Vargas, lo prueba el escaso numen que se echa de ver en el epigrafe del capítulo:

«El *veintiuno* que trate
Aquí yo pienso decillo
Como el príncipe se parte
Y el infante sin más arte
Del sobre dicho castillo.
Y como partido dél
Por una extraña aventura
Vió en la fuente de Arabel
Al hijo de Rocadel
Plañendo su desventura.»

Y corre parejas con el anteriormente transcrito aquel otro del libro I, capítulo 22, cuyo comienzo dice así:

«En éste (1) se trata con grande primor
Los caballeros del lago ferviente
Ser recibidos muy honradamente
De Corosindo noble emperador.
Y como de parte del gran vencedor
Ante su hija la infanta presentan
Su alegre embajada, y junto recuentan
El hecho de Ircania, según su tenor.»

Podrá ver, el lector que hojee esta producción, algunos epigrafes de capítulos escritos en verso (2), á imitación de muchos que se leen en *Las Sergas de Esplandián*. Es tal el número de cartas que exornan sus páginas, que bien pudiera calificarse, esta producción, de manual epistolario. ¡Tantas son en número las que allí se mencionan! Pues se leen cartas:

- De D. Cirongilio á la infanta Regia (II, cap. 25 y otros);
- » » al emperador de Constantinopla (II, cap. 42 y otros);
- » » á la infanta Anatarsia (III, cap. 37);
- » » al infante D. Alcís (IV, cap. 8);
- » » al emperador de Grecia (IV, cap. 8);
- » » » de Roma (IV, cap. 26 y otros);
- De la infanta Regia á D. Cirongilio (II, cap. 26 y otros);
- » » » á Anatarsia (III, cap. 37);
- » » » á la infanta Palingea (IV, cap. 18);
- » » Palingea á D. Cirongilio (I, cap. 36);
- » » » á la infanta Regia (III, cap. 25 y otros);
- » » Anatarsia al infante D. Alcís (IV, cap. 9);
- » » » á D. Cirongilio (IV, cap. 14);

Del rey Sinagiro al emperador de Grecia (IV, cap. 8);
Del emperador de Grecia al rey Sinagiro (IV, cap. 13);

(1) Lib. I, cap. 22.

(2) Lib. I, cap. 23, 24, 25, 27, 28, 30 y 31.

— No más, — dijo el cura, — que estos dos: el de *Don Cirongilio* y el de *Felixmarte*.

Del infante D. Alcís á D. Cirongilio (IV, cap. 13);
De Argelilao de Calcedonia al rey Eleofrón (I, cap. 3);
De Polistrato y caballeros nobles de la ciudad de Borea á D. Cirongilio (IV, cap. 12);

Del emperador de Constantinopla á D. Cirongilio (IV, cap. 13);
De la emperatriz de Constantinopla á la reina Cirongilia (IV, cap. 13);
Del emperador de Roma á D. Cirongilio (IV, cap. 26 y otros).
Del estilo que campea por sus páginas puede dar una idea la siguiente que copiamos:

«CARTA DE D. CIRONGILIO AL EMPERADOR DE GRECIA. — Alto y soberano emperador de la gran Grecia, D. Cirongilio, hijo nuevamente conocido del rey Eleofrón y de la reina Cirongilia, reyes de Macedonia y Tracia, el menor de vuestros servidores, besa vuestras imperiales manos: y os hace saber como después que de vuestra corte partí por vuestro mandado vine en el reino de Thesalia en la ciudad de Larisa donde con ayuda del muy alto, maté al gran gigante Tarpentosago, hermano de Buzaratangedro, aquel gigante que en la ciudad de Constantinopla en presencia vuestra maté, cuando Panizara, que esposa suya decía ser, se mató con dolor de su muerte, en la cual batalla yo ove una llaga en el muslo que fué causa que mediante ella fuesse conocido por hijo de tan altos y nobles padres, con plazer de lo qual poco fué menester para que del todo sanasse y porque entendí el plazer que rescibiéades de lo saber y también por satisfacer á lo que obligado soy, determiné escribiros esta carta, pues que personalmente no puedo ir á besar las manos y cumplir lo que, al tiempo de mi partida de essa corte, me fué por vos mandado. Pero plazerá á Dios que dará fin á un negocio que traygo entre las manos y haya lo que agora no puedo y aunque quiero, no me da lugar.»

Pero no es ese estilo natural y llano el que encanta y seduce en el *Cirongilio*: hay algo más elevado, algo que hace aparecer á su autor como artista enamorado de la forma:

«...mató á un jayán que, con una terrible boz, tal que la insula pareció atronar, despidió el ánima del cuerpo... El cauallero cayó y no tardó que su ánima no fué suelta de la corporal prisión en que estaba.» (I, cap. 24.)

«Cuando Galafox se sintió tan mal herido, dió una boz espantosa y la tiniebla de la muerte, cegó sus ojos.» (I, cap. 29.)

«É assi dende á pocos dias su ánima salió deste mundo y la que en él habia sido tan trabajada, fué al otro á hacer nuevo principio de tormento para siempre.» (II, cap. 24.)

«...y poniéndose delante sus ojos encendidos en ira la ciega y oscura noche de la muerte cayó del caballo en tierra, fuera de sí.» (III, cap. 20.)

Pero ¿qué clase de historia es ésta? ¿Por ventura ha de estimarse por una fábula tan saturada de amores como *Tristán é Iseo*, tan disparatada como el *Florisel de Niquea*, ó bien tan realista como el *Tirant lo Blanch*? De todo tiene. Como libro caballeresco, no pueden faltar en él los tiernos afectos del héroe hacia una elevada princesa; como crónica andantesca, á cada paso hallará el lector legiones de descomunales jayanes interceptando el paso al joven paladin; una multitud de hermosas doncellas que le expónen sus cuittas para deshacer algún entuerto ó encantamiento; horrendas serpientes que arrojan fuego por la boca y humo por las narices; traidores como Garadel y Argelilao, quienes, después de asesinar al padre de Cirongilio, se posesiona-

— Pues ¿por ventura, — dijo el ventero, — mis libros son herejes ó a flemáticos, que los quiere quemar?

a. ...herejes flemáticos. L.3.

ron del reino de éste; y una infinidad de encuentros, cada cual más accidentado, en los que siempre quedó vencedor el joven paladín.

Una breve reseña de la producción de Bernardo de Vargas probará cuanto se ha dicho.

Fruto de la unión del rey de Macedonia y Tracia con la hija del rey de Tesalia, fué un infante en el que Dios quiso «mostrar sus grandes maravillas poniendo y esculpiendo en el su brazo derecho diez letras bermejas á manera de fuego». Cuando aun estaba en cinta la reina Cirongilia, fué muerto su esposo Eleofrón por un hermano de éste llamado Garadel, no sin la ayuda del pérfido Argesilao.

Ocupado el trono por el fratricida, y viendo las claras señales con que la Divinidad anunciaba el nacimiento del joven príncipe, determinó matarle y alejar de sus estados á la hija del rey de Tesalia.

Tramado el plan para dar muerte al tierno infante, salió el perverso Argesilao, acompañado de algunos soldados, en dirección á un bosque; é, internándose por él, iba á consumir el infanticidio, cuando de improviso aparecióse una descomunal serpiente, y, colocando el niño en su boca, después de haber causado terror y espanto al verdugo y á su gente, huyó por lo más espeso de la floresta.

Salvado el héroe milagrosamente por Epaminón, que así se llamaba el señor de la insula Patalena, fué educado en compañía de un hijo de éste, apellidado Antandro. Bautizado el infante y puesto por nombre Cirongilio, que así decían las diez letras que llevaba grabadas en el brazo, fué criado y educado por los principales maestros de la insula, demostrando aprovechamiento en todo, así en el ejercicio de las armas, como en el cultivo de las letras.

Joven aún, trasladóse, en compañía de Antandro y Epaminón, á la corte del emperador de Constantinopla para ser armado caballero; trabando, poco después de recibida tan honrosa merced, descomunal batalla. Perecieron en ella una serpiente y dos descomedidos jayanes, guardadores de una arca encantada, de la que salieron, terminada la lucha, dos hermosas doncellas que había más de doscientos años estaban esperando el desenlace de tamaña empresa. La una, ante la corte del emperador, pidió á D. Cirongilio un don: otorgólo éste, y poco después entró el joven paladín acompañado de las dos doncellas y de Sagarín, su escudero, en un carro encantado, dando con ello principio á su famosa y triunfal carrera en defensa de los menesterosos y desvalidos, no sin antes despedirse de los emperadores de Constantinopla y en particular de la infanta Regia, la señora de sus pensamientos.

Antes de acabar la arriesgada empresa del arca encantada, visitó la insula Serpentina, matando al feroz gigante Astromidar y libertando á Epaminón, Antandro y algunos caballeros más. No pudiendo seguir su peregrinación con el carro encantado, por lo angosto del camino, descendió de él y penetró por entre las tinieblas. Matando serpientes, jayanes tan altos como castillos, y luchando con leones, tigres y demás animales feroces, llegó al palacio del rey Circineo, padre de la hermosa princesa Palingea (que tal era el nombre de una de las doncellas que acompañaban á nuestro paladín), terminando, con esto, la prueba del arca encantada.

— Cismáticos queréis^a decir, amigo, — dijo el barbero, — que no flemáticos.

a. ...querréis decir. BR.3, AMB., ARR., ARG.1,2, BENJ.

Habiendo determinado de pasar á Hungría, dió en una insula, en la cual, luchando, en compañía de algunos marineros, en contra de un buen número de caballeros turcos, mató á varios y puso en vergonzosa huida á los demás; visitando poco después la Grecia.

Al salir, un día, del castillo de Jesafanares en busca de aventuras, presentósele una doncella: prestóle auxilio, matando al traidor que tenía prisionero en horrible mazmorra á la madre de la cuitada dama. Apenas terminada esta hazaña, hubo de luchar con el Caballero del Paso de la Fuente, á quien mató, adquiriendo, como premio de la victoria, una sortija, la que había de librarle de encantamientos y sanar cuantas heridas recibiese.

Enseñoreado del precioso talismán, iba á la ventura, cuando tuvo que luchar, con varia fortuna, hasta dar muerte á Galafox. Abandonando el castillo de cierta condesa, y teniendo el pensamiento fijo en su señora, dió con unos desalmados, viéndose obligado á hacer armas con ellos y, poco después, con Farsante y seis villanos más, venciólos y libertando á muchos caballeros que sufrían cruel tormento en un castillo. Sin dar tregua ni reposo á su fuerte brazo, venció y desbarató al jayán Parpasodo Piro, feroz gigante cuya «cabeza era tan grande que de un ojo á otro había un palmo de distancia y de la frente á la barba más que una vara», quien tenía en prisión al compañero de infancia de nuestro paladín, el joven Antandro, hijo del desmesurado Epaminón; mató al jayán Fanasnú, libertando así á la infanta Leria y á unas hermosas damas que con ella iban; luchó y venció al indomable Argayón de Liargos, defensor del paso de la Puente Pinara; y recorriendo, un día, tras largos y continuados desafíos, en hermosa y risueña floresta, hallóse con Brabor y sus dos primos, á los que venció después de accidentada contienda.

Como si nada fuesen las hazañas aquí relatadas, aun aguardábanle, al doncel reñidor, combates de los que, como siempre, salió victorioso. Así, vésele vencer al marqués de Heliox, matar al jayán Buzaratangedro, desencantar á Quisedel, hijo del duque de Calabria; humillar á diez caballeros cerca de Ferenciola, desbaratar las huestes del marqués de Heliox y del duque de Austria, acabar con el poderío del gigante Epidimarátón, señor de la Pujante Roca; hundir en el polvo la hercúlea fuerza de la jayana Episcoptonda, y abatir para siempre al jayán Taglatalazar, señor de la Honda Cava.

Tales victorias no dieron punto de reposo al joven paladín, pues la prueba de la cinta, las visitas á Epaminón y Antandro en Patalena, sus correrías por Grecia, en las cuales libertó á Flexenor y Flenión, las amorosas entrevistas con la infanta Regia, ocupáronle una buena pieza.

Pero presto se aburrió de las fiestas, saraos y torneos, y volvió á la vida activa saliendo en defensa del rey Sinagiro contra el traidor Garadel, matando al gigante Tarpendifago. Curándole de las heridas que había recibido en la contienda, observaron, los que le asistían, las letras que llevaba grabadas «en el su brazo derecho». Enterado el rey Sinagiro de tan extraña nueva, y como le hubiese contado el andante caballero lo singular y raro de su nacimiento, enviaron á buscar al gigante Epaminón, explicó éste el hallazgo del héroe, y poco después vino en reconocerle la reina Cirongilia, hermana del rey Sina-

— Así es, — replicó el ventero. — Mas, si alguno quiere quemar, sea ese del *Gran Capitán* y dese *Diego García*; que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros.

giro. Sabedor el héroe de la trágica muerte de su padre y de la usurpación de sus estados por el traidor Garadel, declaró la guerra al rey de Macedonia; juntó una armada para luchar contra los turcos, á quienes venció y puso en vergonzosa huida, y, después de haber reconquistado los reinos que fueron de Eleofrón; se casó con la hermosa infanta Regia.

5 (pág. 381). ...y el otro de *Felixmarte de Hircania*. — No es esta la primera vez que se menciona en la fábula cervantina tan disparatado libro. En el famoso escrutinio que el cura y el barbero, ayudados del ama y sobrina de Alonso Quijana, hicieron en la biblioteca de éste (1), apareció un ejemplar de la

«*Primera parte de la grande historia del muy animoso y esforzado príncipe Felixmarte de Ircania, y de su extraño nacimiento. En el qual se tratan las grandes hazañas del valeroso príncipe Flosarán de Misia, su padre, según que las escribió en Griego el grande historiador Philosio Atheniense. Traducida de lengua Toscana en nuestro vulgar, por el magnífico cavallero Melchior Ortega, vecino de la cibdad de Úbeda. Dirigida á el Ilustre señor Juan Vázquez de Molina, del Consejo del estado de su Magestad y su Secretario, Comendador de Guadalcanal. Treze de la orden de Sanctiago. Con privilegio para Castilla y Aragón. En este año de 1557. — Está tassado á dos maravedís el pliego que monta 255 maravedís.* (Folio IX.) Parte primera de la grande historia del muy animoso y esforzado príncipe Felixmarte de Ircania. En el qual se tratan las grandes hazañas del valeroso príncipe Flosarán de Misia, su padre, y el extraño nacimiento de Felixmarte, su hijo. Dirigido al muy illustre señor Juan Vázquez de Molina, secretario de su Magestad y del su consejo del estado. Comendador de Valencia del Ventoso... (Folio LXXVII vuelto.) Parte segunda de la grande historia del muy animoso y esforzado príncipe Felixmarte de Ircania. En el qual se tratan sus grandes hazañas y de otros valerosos príncipes y caualleros y la estraña aventura por donde se supo de la excelente princesa Martedina de Alemania y del valeroso príncipe Flosarán de Misia, sus padres. Y cuenta la cruel guerra y peligroso cerco que el Emperador Francoleo de Alemania, tuvo en Colonia. Y la estraña manera por donde el príncipe Felixmarte fué conocido por nieto del emperador de Alemania... (Folio CXCI vuelto.) Parte tercera de la grande historia del invencible y animoso príncipe Felixmarte de Ircania. En el qual se tratan sus grandes proezas y la estraña manera de su fingida muerte. Y las diferentes y peligrosas aventuras que le acaescieron andando encubierto, por causa del enojo que la princesa Claribea su señora, con él tuvo. Y cuenta de los muchos príncipes y caualleros y princesas, infantas y donzellas que se embarcaron para la estraña insula Riscosa... (Al fin folio CCLVI.) Acabóse el presente libro, en la muy noble y leal villa de Valladolid (Pincia otro tiempo llamada) en la officina de Francisco Fernández de Córdoua, impressor de la Magestad Real. Á veinte dias del mes de Agosto. Año de mil y quinientos y cinquenta y seis años.»

Este volumen en folio, de letra Tortis y á dos columnas, fué calificada de producción seca y dura por el eximio novelista. Y ¡cuán justo y razonado an-

(1) Parte I, cap. 6.

— Hermano mío, — dijo el cura, — estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates ^a y devaneos; y este del *Gran Ca-*

^a. ...de disparates. L. 1. 2.

duvo el crítico! ¡Qué estilo tan pesado el de sus larguísimas páginas! ¡Qué de repeticiones en las escenas que narra!

De cuantos libros de caballerías hemos podido leer, uno de los más disparatados es aquél del cual el ventero decía: «Bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamientos que quitan el juicio.» Y así es la verdad, pues el libro de Melchor Ortega es un continuado desafío. ¡Tantos son en número los que allí se mencionan y describen!

Dar al lector una idea de la obra, es punto menos que imposible. Con disformes bestias de dedos tan gruesos como brazos, descomunales jayanes, formidables centauros, salvajes como Belsagina, gigantes como Brandalión y Macadarte, hermosas doncellas como Oriandina y Claribea, príncipes tan apuestos y denodados como Leonoriso y Fulminán de Suecia, caballeros tan esforzados y valientes como Resistel de España y Tesiortes de Misia, jóvenes paladines como Tebaldo de Lacedemonia, Fineor de Polonia, Uriambel de Escocia y Didión de Magesia; con una princesa secuestrada como Martedina y un incansable caballero como Flosarán de Misia; formó su autor una tan disparatada producción que no se sabe si admirar más la fecunda inventiva de combates sobre combates, ó la pesada ñoñez que desde el principio al fin se echa de ver en todas sus partes.

El héroe que da título á la obra es el príncipe Felixmarte de Hircania, quien, usando unas veces el nombre de *Doncel de la Aventura* y otras el de *Caballero de la Triste Guirnalda*, recorre diferentes países del Oriente de Europa, celebrando justas y torneos, ó bien defendiendo *pasos honrosos*, en los que el joven paladín sale siempre vencedor.

Nada hemos de decir acerca de su estilo, pues queremos dejar que el lector se forme idea del libro; y lo juzgará tal y como lo criticó Cervantes si pasa los ojos por las siguientes líneas, en las que se relata el desafío del *Caballero del Socorro* con el cruel Leosardo (1):

«El caballero del socorro se llegó cuanto pudo y á deshora tiróle una punta, mas el Leosardo se apartó tan presto como si fuera un ave. Y, así, se comenzó entre ellos la más extraña contienda que jamás fué vista... el caballero del socorro, escarmentado, no le quiso tirar hasta que se vió tan cerca que le pareció imposible dejar de darlo, y, tirándole una punta, el Leosardo se abajó tanto y tan presto, que el espada pasó por encima de su cabeza, y en un momento fué por asirle del brazo del espada, más el caballero del socorro, conociendo que iba á coger el brazo, tendió el escudo y púsolo delante, y como el Leosardo traía recia la mano, topó en el escudo de suerte que le estorbó de no asirle del brazo del espada. Y, en tanto, cogiéndolo el caballero del socorro, quiso herirlo de una punta; el Leosardo, viéndola venir, así del brocal del escudo, y, apartándose, tiró con tanta fuerza que, quebradas las embrazaduras, lo llevó en la mano, dando con el caballero del socorro de manos por

(1) Lib. I, cap. 17.

pitán es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual, por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser

tierra. Y levantándose á este tiempo gran ruido entre los que miraban, saltando el Leosardo el escudo, en un momento volvió sobre él á tiempo que el caballero del socorro, ayudado en aquel trance de su fuerte corazón, estaba ya de rodillas y asiéndole con ambas manos del brazo del espada. El duque y los demás lo juzgaron por muerto, mas el caballero del socorro en un momento puso la siniestra mano en su daga y tan presto le tiró con ella á los pechos que el Leosardo no se pudiera guardar sino lo dejara, dando un salto á su siniestra parte y poniendo el caballero del socorro su espada en medio pudo levantarse antes que el Leosardo volviese á él, dejando á los que miraban tan espantados (como si de muerto lo vieran resucitado), el qual viendo á este tiempo que el Leosardo iba por tomar el escudo, arremetió á él tan presto que se lo estorbó; mas no osó abajarse á tomarlo. Y como el Leosardo comenzase á cercarlo en torno fuese para él, y alzando el brazo hizo semblante de darle un revés; el Leosardo se estuvo quedo y el caballero del socorro, sin poner ninguna fuerza, dejó caer el espada, y hurtándole el cuerpo el Leosardo, viendo pasada el espada arremetió á él; mas el caballero del socorro que ninguna fuerza puso en el golpe, pudo antes poner el espada en medio á tiempo que el Leosardo no fué poderoso de retirarse, de suerte que con la fuerza que traía se la metió por los pechos en derecho del corazón, tan recio, que no paró hasta la empuñadura. Y tanto fué el impetu que llevaba, que encontrando con el caballero del socorro dió con él de espaldas gran caída, y él llevando metida el espada cayó de la otra parte, revolviéndose con la rabia de la muerte, dando tan espantables bramidos, que la tierra hacia estremecer. El caballero del socorro fué luego en pie y con tal braveza se revolvía el cruel Leosardo, que no pudo llegarse á él hasta que lo vió muerto; que entonces trabando de su espada se la sacó de los pechos toda bañada en sangre; la qual á deshora comenzó de arder en su mano de una llama pequeña y muy clara y fué tan breve, que casi pareció haberseles antojado á los que la vieron...»

Ni la estética, cuyo nombre no conoció en el sentido que hoy damos á la palabra; ni la crítica, la alta crítica, con que ahora se envanece muchos que del arte hablan; pudieron ser objeto de estudio para Cervantes. Pero ¡quién no admirará su intuición artística al confrontar lo que aquí se ha copiado con el juicio que de este libro hizo! «Pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo.» (I, cap. 6).

Señala su autor, al final del lib. III, una continuación que, en bien del buen sentido, no llegó á salir de las prensas. Era cuestión de poco tiempo el saber en qué paraban los amores del joven Felixmarte con la princesa Claribea: «Con lo qual aquel gran historiador Philosio dió fin á la tercera parte desta gran historia y dejó para contar en la quarta parte suya el suceso que estos valerosos emperadores y grandes principes y cavalleros tuvieron en este viaje de la insula Riscosa y lo que en las extrañas pruebas della les acaeció á ellos y á todas aquellas princesas, infantas y grandes señoras, junto con otras grandes y diversas aventuras y notables hechos que acaecieron, y también dirá en ella el fin de los honestos amores del principe Felixmarte y de todos los otros principes y cavalleros (como con la ayuda de nuestro señor se verá luego en la quarta parte, que se queda imprimiendo.)»

¡Lástima grande, diría un escritor humorista, ignorar aún si Felixmarte casó con Claribea!

llamado de todo el mundo *el Gran Capitán*, renombre famoso y claro, y dél solo merecido; y este *Diego Garcia de Paredes* fué un

a. ...*mundo Gran*. V.^{1,2}, BR.^{1,2,3}, MIL., AMB., TON., A.¹, ARR., MAL., FK.

1 (pág. 382). ...*la historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida de Diego Garcia de Paredes*. — La Breve suma de la vida y hechos de Diego Garcia de Paredes, la cual él mismo escribió y la dejó firmada de su nombre, como al fin della parece, corria, á mediados del siglo XVI, junto con la *Corónica del Gran Capitán*, si bien con diferente numeración.

2. ...*y este Diego Garcia de Paredes*. — De la obra de Tomás Tamayo de Vargas, intitulada: *Diego Garcia de Paredes, relación breve de su tiempo* (1), copiamos los siguientes párrafos, que vienen á ser una reseña, á la ligera, de los hechos del *Sansón de Extremadura*:

«Augusto por el favor de la Divina clemencia, Emperador de Romanos, Rey de Alemania, de las Españas, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de las Islas de Mallorca, Menorca y de Canaria, del Nuevo mundo, de las Indias, etc. Archiduque de Austria, Duque de Borgoña y Señor de Flandes, etc. Al Magnífico, Valeroso y tiel nuestro amado *Diego Garcia de Paredes*, de la ciudad de Trujillo, nuestro Coronel, soldado y Caballero de espuela dorada... considerando el valor de vuestro ánimo y la lealtad que á Nos y al Sacro Romano Imperio, y á nuestros Reinos de España avéis tenido... lléganse á esta vuestros merecimientos é servicios que... avéis fecho, tantos como grandes y tan notorios, que no ai necesidad de contarlos, tan ilustres, que en ninguna manera se deben callar. De los quales para que contemos algunos, siendo Coronel en el ejército del Summo Pontífice Alexandro Sexto, y presidiendo á siete vanderas, aviéndole pedido y alcanzado licencia, os embarcastes para Calabria con ochocientos soldados de infantería al ejército y servicio de dicho Serenísimo Rey Cathólico nuestro abuelo: y allí con los mismos soldados en todas las batallas y encuentros de los enemigos, hasta el fin de la guerra, y aver ganado el Reino, perseverastes con summa alabanza vuestra, sin tener segundo en ponerlos á peligros, en el qual tiempo distes gran testimonio de vuestra virtud, quando en el rompimiento de los dos ejércitos de los Franceses, junto á la Chirinola y el río Garellano primero que todos, investistes al enemigo.»

«En la toma de la ciudad de Rubo fuistes el primero que subió el muro, y varonilmente os metistes dentro de la ciudad y de los enemigos. Y lo mismo hicistes en la toma del castillo de Bisela, el primero entrastes en su ciudadela entre los enemigos. Y acometiendo á la ciudad de San Germán, juntamente con el arrabal que tenían los Franceses, los matastes con fuerza de armas. Y luego en la toma de la tierra Rocadeandria, el primero subistes por la escala. Y, finalmente, teniendo los Franceses apretada á Rocaseca con el cerco que le avian puesto, de manera que parecia que apenas se podia defender, vos con los soldados Españoles distes sobre los enemigos, de suerte que les fué forzoso alzar el cerco. Á esto se llega lo que en servicio del Dios Maximiliano César nuestro abuelo colendíssimo hicistes no menos fuerte que valerosamente, al qual después de aver recibido el Reino de Nápoles, como lo sirviédes con dos mil infantes y treientos caballos, y Dionisio de Brisegele, Capitán del ejército de los Venecianos combatiése el castillo, antes que

(1) LUIS SÁNCHEZ. — Madrid, MDCXXI.

principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extrema-

viniese el mismo César Maximiliano, vos defendistes y amparastes el lugar con tal fuerza, que les fué forzoso á los enemigos dexar el combate. Viniendo aquí César á cercar á Padua, aviendo llegado á la fuerza de Simina, puesta sobre el río Brenta, donde una parte del ejército de los enemigos se avia fortificado, teniénd vos la avanguardia con la infantería Española, rompiendo con los enemigos, muertos muchos de ellos, tomastes por fuerza el lugar, donde el dicho César Maximiliano assentó su real. Y aviéndose ido de allí con el ejército á poner cerco á Padua, y vos llevásedes la avanguardia con los caballos y infantería Española y con tres mil infantes Alemanes y gran parte del ejército de los enemigos, assi de infantería como de caballos, estuviessen en guarda de la puente del río Vaquión junto al lugar de Tenquerola, y visto el ejército Imperial con impetu ametiesen á la puente, para vedar el passo al ejército del Emperador, vos rompiendo los enemigos con la infantería Española, passastes el río, y muertos y captivos muchos de los enemigos fuistes siguiendo á los que huían, hasta las puertas de Padua. Y aviéndola puesto cerco, como una parte de los soldados Alemanes, que estaban de posta para guardar la artillería junto á la puerta de Pontecorbo, saliendo por la misma puerta quatro mil soldados de los enemigos, matando á muchos, y huyendo los demás, la recuperastes. Y, aviendo el Emperador dexado el cerco, como vos quedásedes en la retaguardia con los soldados Españoles: y viendo los enemigos que el ejército se mudaba, salieron de la ciudad hasta cinco mil, y embistieron por la parte donde iban los Alemanes, que llevaban la artillería, y los desbarataron más acudiendo vos á su socorro, y peleando con los enemigos, aviendo muerto muchos, y huyendo los demás, los encestastes en la ciudad, y librástes los Alemanes.»

«Finalmente, aviéndose vuelto el Emperador á Alemania, perdida Vicencia como viniesen los enemigos á tomar á Verona por persuasión de algunos ciudadanos, vos entrastes en la ciudad con los Españoles, y la defendistes, y como los enemigos perseverassen largo tiempo en la guerra, para poder tomar á Verona, y Bartholomé Albiano sobreviniessen con 1,500 hombres de armas, y tres mil caballos ligeros, y catorce mil infantes, y gran fuerza de artillería, y combatiessen la ciudad, y rompiese gran parte del muro, y la allanassen por el suelo, combatiéndola desde mediodía hasta la noche, vos con los soldados Españoles y Alemanes, defendiendo la ciudad, vedando la entrada á los enemigos, y matando á muchos de los Capitanes y soldados, los hicistes huir, sin que tuviesen efecto, y amparastes la ciudad. Y, finalmente, en el rompimiento junto á Vicencia, vuestro valor resplandeció mucho más que el de todos, siendo uno de los pocos que, peleando contra la gran multitud de los enemigos, tuvieron insigne victoria. Y después de todo esto, como los Franceses ocupassen nuestro Reino de Navarra, estando Nos ábsentes de España, en la batalla que se dió junto á Pamplona, os mostrastes vos tal por volvérsela á ganar, que á vos se aia de atribuir la maior parte de aquella victoria. Y no deben ser juzgados por menores los servicios que nos hicistes, quando se volvió á ganar Fuenterrabia: y en la toma de los pueblos de Amaia y de San Juan Piedepuerto, vos fuistes la principal causa de toda aquella victoria, por lo mucho que en ello trabajastes.»

«Dexamos entre estas otras muchas ilustres hazañas vuestras, que con vuestro summo valor avéis hecho así en España, como en Italia, mostrándoos tal en todas las batallas y rompimientos, que avéis sido espanto y asombro á los enemigos, y amparo y defensa á los nuestros. Los quales mereci-

dura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia;

mientos vuestros, para que se comprueben con nuestro testimonio, aviendo recibido oi la diadema Imperial de mano del Beatissimo Clemente VII Pontífice Máximo, y celebrando el día solemne entre otros muchos varones principales en nobleza y virtud, estando presente célebre acompañamiento de Principes, hombres principales, y Caballeros, hacemos á vos el dicho Diego Garcia, Caballero de espuela dorada, con espada desembainada, y guardando las debidas ceremonias, según y como por las presentes os hacemos y concedemos todas las honras pertenecientes á esta orden de caballero, mandando y determinando, que de aquí adelante por todo el Imperio Romano, y en todas las partes y lugares seáis avido y tenido por verdadero Caballero de espuela dorada y podáis usar y gozar de cadenas de oro, de espada y puñal, y espuelas, vestidos, jaeces, y de los demás aderezos, y de todos los privilegios, gracias, honras, dignidades, libertades, excepciones y prerrogativas, y de cada una dellas, y de otras qualesquier tocantes y pertenecientes á la Orden y dignidad de Caballero, y de los actos y officios que de derecho y de costumbre les pertenecen de las quales los demás á quien se les á dado la misma dignidad, y están puestos en la misma orden en semejantes solemnidades, assi por Nos, como por nuestros antepassados usan y gozan, ó pueden usar ó gozar en qualquier manera, de costumbre, ó de derecho sin le poner algún impedimento: mandando á todos los Principes assi Eclesiásticos como seglares, Prelados, Duques, Marqueses, Condes, Barones, Capitanes, Prefectos, Potestades, Procuradores, Officiales, Magistrados, Jueces, Cónsules, Heraldos, Reyes de armas, Embaxadores, Ciudadanos, Comunidades, y á cada uno dellos: finalmente, á todos los amados fieles, de nuestro sagrado Imperio de qualquier estado, grado y condición que sean, que dexen usar y gozar á vos el dicho Diego desta Dignidad y orden de Caballería, y de las señales á ella pertenecientes, y juntamente de las prerrogativas y libertades, y en ellas permanecer quieta y pacíficamente, por quanto tienen nuestra amorosa gracia, sino es que quieren más huir de caer irremisiblemente, demás de nuestra gravíssima indignación y del sacro Imperio, en penado treinta marcos de oro puro. Los quales mandamos que se appliquen la mitad al fisco ó á nuestro Erario Imperial, y la otra mitad al agraviado, todas las veces que lo contrario hicieren, en testimonio destas nuestras letras firmadas de nuestra mano, y selladas de nuestro sello Imperial pendiente.»

«Dada en Bolonia á veinte y quatro dias del mes de Febrero año del Señor de mil y quinientos y treinta, y de nuestro Imperio año décimo, y de los otros nuestros Reinos año décimoquinto. Carolus. Por mandado de la Cesárea y Cathólica Magestad. Alfonso Valdés.»

¡Cómo no habia de halagar la fantasía, no ya de la gente inculta, sino de los doctos, la remembranza de un Diego Garcia de Paredes, cuyas hazañas pregona el mismo emperador, castigando con severa multa á los que en algo osaren menoscabar los gloriosos timbres del valiente soldado!

1. ...y de tantas fuerzas naturales que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia. — Quien pase los ojos por la producción de Tamayo de Vargas, citada en la nota anterior, podrá cerciorarse de lo que en la primera parte de la presente nota dice el cura.

Hallándose el *Sanson extremeño* en Roma, al servicio del Papa, riñó con un esforzado jugador de barra, y, aprovechándose de ésta, «se desembolvió de